

## PARA EL DIA DE LA CIRCUNCISION.

SOBRE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

*DIVISION.—El resplandor y el espíritu del ministerio de Jesucristo prueban igualmente la gloria de su divinidad. Si Jesucristo no fuere mas que un puro hombre: I. El resplandor de su ministerio seria para nosotros una ocasion inevitable de idolatría, y el mismo Dios seria culpable del error de los que le adoran. II. El espíritu de su ministerio seria el lazo funesto de nuestra inocencia.*

Primera parte. El primer carácter resplandeciente del ministerio de Jesucristo es el haber sido anunciado y prometido á los hombres desde el principio del mundo. Apenas cayó Adán cuando se le manifestó de lejos el reparador. En los siglos siguientes parece que Dios no se ocupaba en otra cosa mas que en disponer á los hombres para su llegada. Las circunstancias con que fué anunciado Jesucristo son aun mas maravillosas que las mismas predicciones. A la verdad, fué vaticinado por todo un pueblo, anunciado en el espacio de cuatro mil años por una larga sucesion de profetas, figurado por todas las ceremonias de la ley, esperado de todos los justos, señalado de lejos en to-

das las edades, no para un particular suceso, sino para ser el remedio del mundo condenado, legislador de los pueblos, luz de las naciones y salud de Israel. ¡Qué lazo seria para la religion de todos los siglos, si unos preparativos tan magníficos no anunciassen mas que una simple criatura, y particularmente en unos tiempos en que la credulidad de los pueblos ponía con tanta facilidad en el número de los dioses á los hombres extraordinarios!

Por otra parte. Al mismo tiempo que el Bautista para impedir que el solo oráculo que le habia anunciado no fuese para su nacion ocasion de idolatría, no hace milagros y no cesa de decir: Yo no soy el que esperais; y parece que no cuida mas que de precaver los honores supersticiosos. Al contrario Jesucristo, á quien cuatro mil años de figuras y profecías habian anunciado con tanta magnificencia á la tierra, viene con gran virtud y poder, hace obras y maravillas que antes de él ninguno habia hecho, y lejos de precaver la supersticion que para con él pudieran tener los pueblos, se dice igual al mismo Dios y permite que se le tributen honores divinos. ¿Serian los hombres responsables de este culto si fuera idolatría?

Además. Todos los justos de la ley y de la edad de los patriarcas, todos aquellos hombres tan venerables y tan milagrosos, no eran mas que unos diseños del Mesías futuro; cada uno de ellos no representaba mas que algun pasaje singular de su vida y de su ministerio; pero quitada á Jesucristo su divinidad y su eterno origen, y en nada será superior el original á la imágen, á lo menos al juicio de los sentidos.

2. Al resplandor de las profecías que anunciaron á Jesucristo es necesario añadir el de sus obras y prodigios; segundo carácter resplandeciente de su ministerio. ¿Se vió

acaso jamás hombre mas maravilloso, mas divino en sus obras y en sus prodigios? •

Digo en sus obras y en sus prodigios. Bien sé que en los siglos que le precedieron se vieron en la tierra hombres extraordinarios; á quienes parecía que el Señor hacia depositarios de su virtud y de su omnipotencia; pero si bien se mira, todos estos hombres milagrosos manifestaban en su poder unos caracteres de dependencia y flaqueza. Al contrario Jesucristo, obra los mayores prodigios con una facilidad omnipotente y con una soberana independencia.

3. Finalmente, el último carácter resplandeciente de su ministerio son las circunstancias maravillosas y hasta entonces inauditas que componen todo el curso de su vida mortal: concebido por obra del Altísimo, nace de una Virgen pura; apenas nace cuando las celestes legiones hacen resonar en los aires cánticos de alegría, y nos enseñan que este nacimiento da á Dios su gloria y la paz á los hombres. Poco despues un nuevo astro guia desde lo último de Oriente hasta su cuna á unos sábios. Un justo y una santa mujer anuncian su futura grandeza; los doctores juntos ven con admiracion su infancia mas sabia é ilustrada que la sabiduría de los ancianos. A proporcion que crece se va manifestando su gloria, el Bautista se humilla en su presencia, el cielo se abre sobre su cabeza, los demonios atemorizados no pueden sufrir su presencia, el Padre celestial declara que es su Hijo amado y que le propone como ley viva y eterna, mandando que le escuchen. Si desde el Tabor pasamos al Calvario, aquel lugar donde debian consumarse todos los oprobios del Hijo del hombre, no deja de ser tambien el teatro de su gloria. Toda la naturaleza desordenada le reconoce como á su autor y confiesa su divinidad. Resucita tres dias despues, no por virtud ajena

ni para volver á morir como otros muchos, sino por su propia virtud y para gozar en adelante de una vida inmortal. Finalmente, sube al cielo, no rápidamente arrebatado en un carro de fuego, sino que se levanta por sí mismo con majestad. Vienen los ángeles á acompañarle, y prometen á la tierra que volverá acompañado de gloria y de inmortalidad. ¿Quién por estas señas no conocerá al Dios del cielo, que despues de haber conversado con los hombres para sacarlos de su desórden y miseria, vuelve á tomar posesion de su gloria? Ved, señores, cómo el resplandor del ministerio de Jesucristo seria para nosotros una inevitable ocasion de idolatría si no fuera mas que una simple criatura.

Segunda parte. *El espíritu de su ministerio seria tambien el lazo de nuestra inocencia.* El espíritu, pues, de su ministerio encierra su doctrina, sus beneficios y promesas.

1. *Su doctrina.* No puede negarse que Jesucristo fue un hombre santo. Porque ¿qué hombre se vió hasta entonces en la tierra en quien se observasen tantas señales de inocencia y santidad? Quiero decir, tanto desprecio é indiferencia para el mundo, tanto amor á la virtud, tanto celo de la gloria de Dios, tanto deseo de la salud de los hombres. Añadid á esto la total excepcion de todas las flaquezas, aun las mas inseparables de la humanidad. Si Jesucristo, pues, es santo, tambien es Dios, ya sea que considereis la doctrina que nos enseñó, ya respecto de su Padre ó ya respecto de los hombres. Porque si no fuera Dios, su doctrina no seria mas que un conjunto ó de equívocos malignos ó de blasfemias ocultas.

Considerad su doctrina respecto de su Padre. Si Jesucristo no fuese mas que un simple enviado de Dios, luego no vendria mas que á manifestar á las naciones idólatras

la unidad de la divina esencia. Pero, 1.º Es enviado principalmente á los judíos, y así su mision seria inútil, porque los judíos no eran ya tentados en recaer en la idolatría. 2.º Cumpliria muy mal con su ministerio, cuando Moisés y los profetas, encargados de la misma mision, no cesan de publicar que el Señor es uno, sin compararse jamás con el Ser Supremo. Jesucristo no cesa de decir que es igual al Padre; dice que bajó del cielo y salió del seno de Dios; que era antes de todas cosas; que el Padre y él no son mas que uno. En todas ocasiones se compara á Dios soberano. Los judíos murmuran y se escandalizan de estas expresiones; lejos de desengañarlos con claridad, los confirma en su escándalo, afectando un lenguaje que es ó impío ó insensato, si su igualdad con su Padre no le ilustra y justificá. Tambien permite que le tributen honores divinos: luego si no es mas que un puro hombre, no vino á la tierra mas que á escandalizar á los judíos, dándoles motivo para creer que se comparaba al Altísimo; á engañar á las naciones haciéndose adorar despues de su muerte, y á derramar nuevas tinieblas en el universo. Luego las grandes utilidades que el mundo debia sacar del ministerio de Jesucristo, vendrian á parar en verse sepultado en una nueva idolatría, y toda la magnificencia futura del Evangelio, tan anunciada por los profetas, se reduciria á formar la execrable secta del impío Socino, secta que se compone de un corto número de hombres aborrecidos del cielo y de la tierra, vergüenza de la naturaleza y de la religion, que se hallan precisados á sepultar en las tinieblas el horror de sus blasfemias. Pero supuesto que Jesucristo es santo, debemos inferir que no pudiendo ser blasfemador é impío, el modo con que habla de su Padre, la igualdad que con él afecta en todas ocasiones, establece la

gloria de su eterno origen. Tambien puede notarse aquí que cuando los profetas hablan del Dios del cielo y de la tierra, llenos de la inmensidad de la omnipotencia y de la majestad del Ser Supremo, agotan la flaqueza del humano enguaje para corresponder á lo sublime de estas imágenes. Pero cuando Jesucristo habla de la gloria del Señor, no usa de estas expresiones pomposas de los profetas; se ve que como hijo habla un lenguaje doméstico, y que no se admira ni asusta como nosotros con la majestad y gloria del Padre.

Consideremos ahora la doctrina de Jesucristo respecto de los hombres: ésta no establece menos la verdad de su nacimiento divino. 1.º ¡Qué sabiduría! ¡qué santidad! ¡qué excelencia en esta doctrina! En ella todo es digno de la razon y de la mas sana filosofía, todo es proporcionado á la miseria y á la excelencia del hombre. 2.º Reparad en las obligaciones de amor y de dependencia que su doctrina pide que le tributen los hombres. Nos manda que le amemos, que busquemos en él nuestra felicidad; que ordenemos á él todas nuestras acciones, y aun nosotros mismos, como él ordena todas estas cosas á su Padre. Luego si no fuera Dios, su doctrina tan divina, tan admirada de los paganos, no seria mas que una mezcla monstruosa de impiedad, soberbia y locura, pues no siendo mas que un puro hombre, pretenderia usurpar el lugar del mismo Dios en nuestros corazones. Aun mas. Cuando el mismo Dios verdadero parece se habia contentado con los sacrificios de cabritos y toros, él quiere para sí que le sacrifiquemos hasta nuestra vida, que corramos á los suplicios, que nos ofrezcamos á la muerte y al martirio para la gloria de su nombre. Pero si él no fuera el autor de nuestra vida, ¿qué derecho tendria para pedírnosla? No seria, pues, su religion mas que una

religion de sangre y de barbarie. ¿Los generosos confesores de la fe no hubieran sido mas que unos desesperados y fanáticos, y los perseguidores y tiranos los defensores de la justicia y de la gloria de la Divinidad? ¿Pueden oirse sin horror estas blasfemias?

2. Considerad el espíritu del ministerio en las gracias y beneficios que de él ha recibido el universo. Declara que vino á librar á los hombres de la muerte eterna, á hacerlos, de enemigos que eran de Dios, hijos suyos, á abrirlos el cielo y asegurarlos su posesion; trájelos la ciencia de la salud y la doctrina de la verdad; nos sustenta con su cuerpo, nos lava nuestras manchas, aplicándonos el precio de su sangre. En una palabra, nos asegura que es nuestro camino, nuestra verdad, nuestra vida, nuestra justicia, nuestra redencion y nuestra luz. ¿Podria acaso un puro hombre ser origen de tantas gracias para los demás hombres? ¿ó no seria temible que siendo tan útil y tan necesario al humano linaje, viniese por último á ser su ídolo? Porque solo el agradecimiento fué quien en otro tiempo formó los falsos dioses. Tal es el carácter del hombre; su culto no es mas que su amor y su agradecimiento.

3. Además de los beneficios de que nos colmó Jesucristo, considerad las promesas con que los acompaña; promete aun mas de lo que habia dado. 1.º Promete á los hombres el Espíritu consolador, á quien llama Espíritu de su Padre; Espíritu de verdad, de fuerza, de inteligencia, de sabiduría, de caridad, etc. ¿Pero qué derecho tendria Jesucristo sobre el Espíritu de Dios, para disponer de él segun su voluntad, si no fuera Espíritu propio suyo? No obstante, las promesas de Jesucristo se cumplieron; apenas subió al cielo, cuando el Espíritu de Dios se derrama sobre todos sus discípulos. 2.º Jesucristo promete á sus discípulos las llaves del cielo

y del infierno, y el poder para perdonar los pecados. 3.º Además de esto, les promete el don de milagros; ¿pero si no fuera Dios, pudo jamás pensar la temeridad ni la locura cosa semejante? 4.º Les promete la conversion del universo, el triunfo de la cruz, la docilidad de todos los pueblos de la tierra, de los filósofos, de los césares, de los tiranos; que su Evangelio seria recibido en todo el mundo: ¿pero cómo podria responder de una mutacion sin ejemplo hasta entonces en el mundo, si no tuviera entre sus manos el corazon de todos los hombres? Se podrá decir que Dios revelaba á su siervo las cosas futuras. Pero si Jesucristo no fuera Dios, ni tampoco profeta, pues no preveja que los hombres, adorándole, iban á caer en unas tinieblas infinitamente mas criminales que aquellas de que queria libertarlos; y que en vez de formar al Padre quien le adorase en espíritu y verdad, no habría formado mas que un nuevo pueblo de idólatras de todas las naciones.

Ved, pues, adónde conduce la incredulidad. Trastornad el fundamento de que Jesus es Hijo eterno de Dios vivo; quitad de la doctrina de los cristianos á Jesucristo hombre y Dios verdadero, y quitais todo el mérito de la fe, todo el consuelo de la esperanza, todos los motivos de la caridad, y toda la religion cristiana no será mas que una falsedad y una impostura. ¿Qué celo, pues, no manifestaron los primeros discípulos del Evangelio contra aquellos hombres impíos que desde entonces se atrevieron á oponerse á la gloria de su Maestro? Entonces los gentiles argüian á los cristianos de que tributaban honores divinos á Jesucristo. ¿Justificanse acaso como si fuera calumnia? ¿responden que no adoran á Jesucristo? Nada menos. Los apologistas de la religion refutan las demás calumnias con que querian manchárla; pero sobre la acusacion de adorar á Jesucristo, lejos de de-

fenderse, la autorizan con su lenguaje y con sus acciones. Si fuera, pues, error el creer á Jesucristo igual á Dios, seria un error que nació con la Iglesia, que ha levantado todo su edificio, que ha formado tantos mártires y convertido á todo el universo.



## PABA EL DIA DE LA EPIFANIA.

*DIVISION.—La verdad figurada en la estrella, halla en los Magos adoradores. En los sacerdotes disimuladores. En Herodes un perseguidor: tal es su suerte aun entre nosotros; pocos la reciben, muchos la ocultan y la disfrazan, y muchos mas la desprecian y persiguen. Por lo que: I. La verdad recibida. II. La verdad disimulada. III. La verdad perseguida.*

Primera parte. *La verdad recibida.* Pocas almas hay, por mas sumergidas que estén en los sentidos y en las pasiones, cuyos ojos no se abran alguna vez para ver la vanidad de los bienes que anhelan, la grandeza de las esperanzas que sacrifican y la indignidad de la vida que hacen: pero ay! sus ojos no se abren á la luz mas que para cerrarlos al instante, y el fruto que sacan de la verdad es la culpa de haberla inútilmente conocido.

Unos se contentan solamente con hablar de la luz que los hiere, y hacen de la verdad motivo de disputa y de vana filosofía; otros sin determinar á resolverse, desean, al parecer, conocerla, pero no la buscan como deben, porque en la realidad les pesará de haberla encontrado. Finalmente, algunos mas dóciles se dejan vencer de su evidencia; pero ó asegurados con la opinion pública ó acobardados con las